

LOS CAUDILLOS LIBERALES DE LA SALINA DE CHITA: POLÍTICAS DE FINANCIAMIENTO EN BOYACÁ DURANTE EL SIGLO XIX¹

Joshua Rosenthal
SUNY College at Oneonta

El 16 de agosto de 1860, un empleado de la Hacienda pública colombiana que administraba una salina advirtió a sus superiores, en Tunja y Boyacá, sobre una agitación ocurrida cerca de su sitio de trabajo, en un pueblo encaramado a mitad de camino entre las traicioneras pendientes de la cordillera del nororiente de Boyacá y los llanos de Casanare. Exactamente diez días después de la derrota de la rebelión liberal en Santander a manos del gobierno conservador, en la batalla de El Oratorio, se manifestaron en las cercanías fuerzas similares:

Ayer, a las once de la mañana, aparecieron en el camino a esta salina el señor Juan Nepomuceno Rico, socio de Lorenzo Valderrama y del señor Solón Wilches, y cincuenta hombres más...atacaron al comandante Juan de Dios Jirón, quien había ido con guardias a (la vereda de) Rudigoque para ver si podían impedir la entrada del señor Rico, quien, según nos informó, venía a arremeter sobre La Salina².

¹Ponencia presentada en el XII Congreso de la Asociación de Colombianistas, Urbana, 2 de agosto de 2001. La traducción española del original en lengua inglesa fue hecha por Amelia Acebedo Silva.

²Carta del administrador de La Salina de Chita al Ministerio de Hacienda, agosto de 1860. AGN, Sección República, Fondo Intendencia de Boyacá y Antioquia, legajo 1, folios 43-46.

Después de un corto combate, estas fuerzas

Entraron a La Salina y asumieron el control de la administración. Hoy están manejándola por sí (por la Hacienda) y continúan cocinando (sal) en los hornos que encendieron, con el fin de venderla.

Es interesante que el centro de este mensaje fuese la industria de fabricación de sal domiciliada en La Salina, la cual era controlada por un monopolio nacional. Este centro apunta a los vínculos que existían entre la política, la estrategia militar y el control de las beneficios provenientes del mercado de la sal, y la dificultad de separarlos en este contexto. Este mismo funcionario concluyó con una nota que nos alerta sobre la dificultad de separar estos elementos, urgiendo a sus superiores a enviar tropas con el fin de

Quitarle a los liberales la renta de la cual se han apoderado ya que más tarde podrían justificar esta acción. Hasta ahora ellos solamente han dicho que han hecho esto porque son liberales.

Es imposible determinar hasta que grado este ataque fue motivado por fines políticos, antes que por beneficios personales, pero es claro que estos hombres eran indudablemente liberales, por reputación, por asociación y por sus actos. Aisladamente, estos eventos apenas si son excepcionales y su impacto sobre el conjunto de la guerra no fue muy significativo, pero el examen de la campaña desde la perspectiva de La Salina ofrece una privilegiada visión acerca del papel del liberalismo en Boyacá durante el tercer cuarto del siglo XIX, y específicamente de las vicisitudes del poder político en la parte oriental de la provincia.

He tratado de situar estos episodios, así como el papel de La Salina como objetivo militar, dentro del amplio espectro de la investigación boyacense, como son los trabajos de Javier Ocampo López y Julio Mondragón Castañeda sobre la contribución de la provincia al radicalismo liberal. En segundo lugar, espero relacionar este tópico con la literatura norteamericana sobre Colombia, en la cual Boyacá raramente ocupa el centro de la investigación. Por último, de una manera más personal, considero esta información como una réplica a los estereotipos culturales, reificados en la literatura y algunas veces en la investigación, según los cuales Boyacá era solamente una región de campesinos pasivos. Un relato pormenorizado de los sucesos de La Salina contribuye a dibujar una descripción del Boyacá del siglo XIX que reconoce

su complejidad regional, su activo papel en la política nacional y la naturaleza dinámica de su historia interna. Debo mencionar que estoy apenas iniciando este proyecto, así como el trabajo de incorporar mi propia investigación a la historiografía existente. Ésta es sólo una oportunidad para exponer las ideas que guiarán mi trabajo durante los próximos años.

La historiografía de Boyacá, en general, no ha centrado su atención sobre los acontecimientos del siglo XIX posteriores a la Independencia (por ejemplo los ensayos de Gabriel Camargo Pérez titulados *Pueblos y jornadas boyacenses*, que cubren escasamente el primer siglo de la República). Algunas gratas excepciones son los trabajos de Julio Mondragón Castañeda y Javier Ocampo López, quienes han examinado el modo como los hombres de Boyacá hicieron contribuciones claves a la República Radical como estadistas y funcionarios³. Una rápida revisión de fuentes tales como la *Historia Contemporánea* de Gustavo Arboleda, periódicos de la época o recuerdos de figuras prominentes, suministra extenso soporte a sus argumentos⁴. Lo mismo ocurre con las lecturas acerca de las numerosas campañas libradas en Boyacá, o los intentos de construcción del Ferrocarril del Norte (considerado por sus críticos como un proyecto liberal dirigido a beneficiar solamente la región andina de Cundinamarca, Santander y Boyacá); o la desafortunada y muy criticada *Ferrería de Samacá*, un proyecto respaldado por un gobernador de Boyacá, José Eusebio Otálora; o el pánico que se manifestó en el establecimiento político de Bogotá cuando en 1871 una rebelión contra el gobierno de Felipe Pérez en Tunja mostró inquietantes aspectos populistas que llevaron a los editores de *El Tiempo* a observar que “éste es el (Estado) más belicoso, porque su carácter indígena lo hace un criadero inagotable de soldados máquinas....si se entiende que a sólo unos pocos días de viaje de la capital podrían derrotar al gobierno general, y quizás a los dos estados vecinos; lo que el Cauca no fue capaz de lograr, los generales de Boyacá podrían intentar”⁵.

³Específicamente en los estudios *Los hombres y las ideas en Boyacá* y *Las ideas de paz y de constitucionalidad de los adalides boyacenses en el radicalismo colombiano, 1850-1885. Con el texto de la Constitución Política para el Estado de Boyacá (septiembre 3 de 1869)*.

⁴Leer el sexto volumen de la *Historia contemporánea de Colombia*, de Gustavo Arboleda, publicado en 1835, es como leer un periódico del siglo XIX.

⁵*El Tiempo*, 469 (8 abril de 1871), «Revista».

Esta cita subraya la importancia de Boyacá para el régimen liberal, pero también es una indicación de que muchos consideraban el poder liberal en ese Estado bastante precario. Por supuesto, no hay contradicción en considerar a Boyacá como una fuente tributante de élites para la alta política, al mismo tiempo que como domicilio de una masa de campesinos conservadores. De hecho, esta imagen refuerza la idea de un *Olimpo Radical* desconectado de los acontecimientos de la vida cotidiana. Pero, aunque esto podría ser verdad, no es toda la historia. Un paso hacia la representación de la historia completa se basa en la distinción entre la historia de Boyacá como un todo y la de Tunja y su entorno andino, dado que la historia de La Salina es un relato acerca de los liberales que crearon fuertes vínculos con el oriente de Boyacá, aunque no necesariamente a través de un amplio respaldo popular.

Como sede de una administración de salinas, La Salina fue el centro de un mercado regional y un pequeño pueblo con una excesiva cantidad de administradores y contratistas residentes. El monopolio se remontaba, de forma variada, a las reformas borbónicas, pero en las décadas posteriores a la Independencia se intensificó el compromiso de la Hacienda. En vez de la oscuridad que marca su historia colonial, durante el siglo XIX la historia de La Salina guardó estrecha relación con la del conjunto de Colombia, y numerosos documentos registran las acciones de los administradores de Hacienda y de los contratistas que allí trabajaron. En concierto con otras fuentes, éstas ofrecen una especial perspectiva para determinar cómo el curso de la política colombiana se desarrollaba a través de una sola porción de terreno, de un punto de reunión de hombres prominentes, situado exactamente en el límite de la habilidad del Estado para imponer su voluntad.

Desde Antonio Malo, un patricio de Tunja con una larga experiencia en el Congreso, quien alguna vez fue postulado para vicepresidente de la República, hasta *El Gran Viejo*, el general Gabriel Vargas Santos, un líder de las fuerzas liberales en varias guerras civiles y comandante supremo durante la Guerra de los Mil Días, los hombres de importancia buscaron su enriquecimiento en este pueblo situado en los límites entre Boyacá y Casanare. Durante el tercer cuarto del siglo XIX es posible documentar cómo las estrategias de los individuos y grupos para enriquecerse se enlazaban con estrategias políticas, y cómo la experiencia ganada en el trabajo de las salinas ayudó a los comandantes liberales durante sus campañas.

Las reformas liberales de 1850 dieron a los gobiernos provinciales el control sobre varias rentas y abolieron todos los monopolios nacionales, con excepción del de la sal. Esta anomalía acentuó la importancia de ciertas salinas, no solamente como objetivos militares estratégicos, a lo largo de los límites entre Boyacá y Casanare, sino también porque una vez ocupadas se convirtieron en pueblos que les permitieron a los comandantes, sobre el terreno, financiar las propias campañas que estaban emprendiendo. Los comandantes que habían tenido experiencia en la producción de la sal y en su administración gozaban de una enorme ventaja por su familiaridad con el territorio, sus conexiones con figuras locales y su conocimiento de su comercialización. Los administradores inexpertos se sintieron incapaces de beneficiarse de lo que fue, aún en sus mejores tiempos, un negocio difícil disputado por numerosos grupos, incluyendo a una población local activa y muy interesada.

Por ejemplo, después de la rebelión de los artesanos en 1854, el gobernador de Boyacá felicitó a los habitantes del pueblo por su participación en la defensa del gobierno constitucional al final de la rebelión⁶. Unos cuantos años después, estos mismos residentes se rebelaron cuando la Hacienda, frustrada por la disminución de sus rentas, pretendió cerrar definitivamente las salinas. Los residentes fueron liderados en este empeño por José Doviecki, quien había combatido para las fuerzas melistas durante la rebelión. En retrospectiva, existía poca duda respecto del resultado de la rebelión. Con la renuencia del gobierno federal a comprometerse y la incapacidad de los gobiernos del Estado de Boyacá y de la provincia de Tundama para constituir fuerzas capaces de sofocar la rebelión, la Hacienda capituló y aceptó mantener las salinas abiertas. De esta serie de eventos se pueden deducir dos conclusiones: la primera, que los residentes de La Salina demostraron que su lealtad primordial era con sus propios intereses, que estaban dispuestos a defender luchando, pues su lealtad de 1854 cambió bastante unos pocos años después. La segunda, que era difícil para un gobierno, en Tunja o en Boyacá, controlar esta región sin apoyo local, y que no era prudente interferir con lo que la población consideraba sus intereses financieros.

El final de la década trajo la única rebelión nacional exitosa del siglo, con Tomás Cipriano de Mosquera a la cabeza de un grupo de liberales, regional y políticamente diversos, contra el gobierno conservador. Aunque Boyacá

⁶Ver comentarios en una carta del gobernador de Tundama al secretario de Guerra, marzo de 1855. AGN, Sección República, Fondo Gobernación de Tundama, legajo 5, folio 849.

había ofrecido un apoyo esencial al régimen conservador, fue también un escenario de la rebelión contra ese mismo gobierno. El interés inicial del gobierno en la cordillera oriental era la pacificación del Estado de Santander. Una vez aquella amenaza había sido conjurada, surgieron en el límite con Boyacá ciertas dificultades, las cuales condujeron a la serie de ataques descritos al comienzo de esta ponencia, cuyo blanco fueron los pueblos de la sal en la frontera.

En sus recuerdos titulados *Conversaciones con mis hijos*, Francisco de Paula Borda identificó a Rafael Niño y a Gabriel Reyes Patria entre los líderes de esta rebelión⁷. Junto con Joaquín Reyes Camacho, eran los propietarios de *Reyes y Niño*, una compañía de comercio y producción que fue una fuerza dominante en la industria de la sal en La Salina durante décadas. Su asociación fue tan bien conocida que cuando Niño alegó que había sido obligado a acatar a los rebeldes, como el *elaborador* que era, sus excusas fueron desestimadas. La rebelión terminó cuando el general Mosquera asumió la presidencia, haciendo triunfar, por única vez en el siglo, un movimiento insurgente. La suerte excepcional de esta rebelión tuvo como resultado que la Hacienda comenzara a gratificar a los insurgentes, en tanto que después de las rebeliones fracasadas, quienes habían saqueado los recursos del gobierno fueron procesados. En este caso, el comandante que había capturado La Salina, Juan Nepomuceno Rico, fue nombrado administrador de las salinas, mientras que a Reyes y Niño se les adjudicó el siguiente contrato de producción. Asignar posiciones en el gobierno y conceder los favores inherentes, a cambio de servicios prestados, tenía una larga tradición, pero este grupo de hombres extendió sus privilegios hasta el máximo extremo.

En 1863, el mismo año en que se implementó la Constitución de Rionegro que dio a Colombia su más extrema forma de federalismo, *Reyes y Niño* se apoderaron de las tierras de La Salina que abastecían la leña usada como combustible para la elaboración de la sal. Obtuvieron este control tomando en arriendo las tierras mencionadas, aunque más tarde fueron acusados de haber pagado solamente 12.000 de los 28.000 pesos acordados, y a la sazón simplemente las reclamaron como de su propiedad. Era solamente uno más de los sucesivos intentos hechos por los contratistas de la industria de la sal

⁷Francisco de Paula Borda: *Conversaciones con mis hijos*. Introducción de Juan Lozano y Lozano. Editadas por José María de Mier. Bogotá, 1974, 3 volúmenes, p. 213.

para tomárselas por la fuerza (de hecho, la única parte que sobrepagó estas tierras fue la propia Hacienda, que finalmente terminó por comprarlas a finales del siglo) pero, aunque las acusaciones contra *Reyes y Niño* tuvieron una mayor publicidad que durante los episodios anteriores, nada se hizo.

Esta actitud de no intervención se entrelazó con la política de la Hacienda durante la década de 1860, cuando dejó de administrar en forma directa las salinas. Aunque esta política era consistente con la intención de crear condiciones de libre mercado, el hecho de que el monopolio de la sal realmente retornara más dinero que los ingresos aduaneros durante unos cuantos años implicó que nada debía hacerse para poner en peligro este importante recurso gubernamental. Como es típico de esta época, existe poca información sobre La Salina para el resto de la década, no obstante que el grupo que se había hecho prominente en 1860 mantuvo su control.

A comienzos de la década de 1870, un solo documento ofrece otra perspectiva para evaluar los vínculos entre el poder liberal en el oriente de Boyacá y el monopolio de la sal. Jacinto Corredor, un funcionario de Hacienda que manejaba un almacén en Sogamoso y quien fue el funcionario jefe para el monopolio de la sal en el oriente de Boyacá, escribió un informe con el inofensivo título de *El informe del Administrador Principal de Salinas de Boyacá al Secretario de Hacienda I Fomento de la Unión*. En buena medida, un típico informe que pormenoriza cuentas, recursos, inventarios y tablas de producción, pero también es el excepcional documento de un funcionario de hacienda provincial, suficientemente importante como para que se hayan guardado copias tanto en el *Archivo General de la Nación* como en la *Biblioteca Nacional*⁸. En este informe, Corredor expresó su esperanza de que el comercio generado por un almacén que se aprovisionaba de sal en Zipaquirá, en vez de hacerlo en La Salina, “despertaría actividad y entusiasmo” entre los habitantes de los cantones orientales una vez vieran los beneficios del comercio y entendieran que, ante todo, el almacén era “favorable a la masa común de boyacenses”.

Aunque su tenue elogio del espíritu de comercio revela poco acerca de la filosofía política de Corredor, la defensa de sus esfuerzos como administrador revela mucho acerca de su actividad política. Contaba entre

⁸ Escrito en diciembre de 1871. Se encuentra en la Biblioteca Nacional, Fondo Quijano Otero, 20. En el AGN, en la Sección República, Fondo Salinas de Boyacá, Legajo 4, folios 146-162.

sus numerosos aliados hombres importantes, procedentes de partes de Santander y del norte de Boyacá, conseguidos gracias al almacén, quienes actuarían como representantes en la siguiente Legislatura. También identificó a comandantes militares y a Juanario Salgar (el anterior secretario de Hacienda) entre los que defenderían su gestión, continuando con más detalles:

En otras ocasiones he contado a usted que los pueblos están satisfechos, y agradecen al gobierno por haberles aliviado el costo de la sal y, permítame añadir, que ha habido repetidos signos de esta satisfacción. Entre la gente respetable que se ha presentado personalmente ante mí (de esta manera) permítame citar al señor Montoya, distinguido negociante... al anciano y virtuoso general Juan José Reyes Patria y sus dos hijos, Gabriel y José Reyes; los señores Chaparros, Tavera y Montejo, los señores Corteses La Rota, Rafael Niño, Narciso Tórres, Prietos Soler y Holguín; a los señores Escovares, Parras, Camilo Reyes, Archilas, Camargos, Tejadas, Durán y Valderrama; y los señores Abellas, Navas, Cárdenas, Díaz, Gutiérrez y mil más. Y si yo tratara de enumerar los de la clase media e inferior, no me alcanzaría el espacio.

El almacén fracasó, pero en la opinión de Corredor la institución gozaba del apoyo sustancial de los notables de la región y de la población en general. Los registros de los almacenes vendedores de sal en Zipaquirá y el oriente de Boyacá sugieren lo contrario (ningún intento de introducir sal de Zipaquirá al mercado de La Salina tuvo éxito), pero Corredor era audaz en sus demandas de apoyo. En este caso, sin embargo, lo notable no son los pormenores sino la confianza de Corredor en el respaldo que tenían sus acciones en los cantones orientales de Boyacá.

La Salina, entretanto, continuó promoviendo transacciones entre los liberales, con beneficios personales y tácticos. La compañía de Reyes y Niño se disolvió en 1871 y a través de varias transacciones sus tierras (la clave de los beneficios en La Salina) pasaron a Vargas Santos y Compañía, cuyo socio principal era Gabriel Vargas Santos, el comandante liberal y ganadero de Casanare. Como en épocas anteriores, La Salina también fue parte de su estrategia militar. Los recuerdos de Foción Soto sobre la guerra de 1885, titulados *Memorias sobre el movimiento de resistencia a la dictadura de Rafael Nuñez*, describen un momento decisivo en la campaña

del oriente, cuando las fuerzas liberales desmoralizadas en Santa Rosa se enteraron de la salida de Vargas Santos desde su base militar en La Salina, trayendo los muy esperados hombres, armas y moral⁹. Era solamente uno, de los muchos momentos, en que los liberales acamparon en La Salina, esperando su oportunidad, vacilando entre una campaña en la cordillera y una huida hacia los llanos. En La Salina la actividad política de influencia en la industria de la sal servía de base para ingresar al más amplio mundo de la política.

Tomada en conjunto, esta información apoya y sin embargo complica la idea de que el liberalismo boyacense fue un factor importante en la política de la época. Los pormenores apuntan menos a una nueva perspectiva sobre la naturaleza del liberalismo (para desilusión mía, estos hombres dejaron en los documentos de La Salina una filosofía política prácticamente desarticulada) que al nivel de la realidad concreta de las influencias y las alianzas, y al aspecto práctico de la política regional. Finalmente, esta perspectiva muestra que mucho de lo que ocurrió en Boyacá no tuvo lugar en las montañas que rodean a Tunja sino en los cantones nororientales. Una historia completa de la política de Boyacá debe dar cuenta de los papeles jugados por Sogamoso y otros centros orientales, y debe incluir una determinación de los vínculos regionales con Santander y Casanare.

Como ya anoté, espero explorar estas ideas a medida que vaya más allá de la fase de disertación con mi trabajo. Confío en que la revisión de varias fuentes escritas y trabajos de investigación de Boyacá, publicadas durante los últimos cinco años (tales como *El Conservatismo Colombiano*, de Julio Barón Ortega, o *La vida cotidiana del altiplano Cundiboyacense*, de Rósula Vargas de Castañeda) será crucial en la conformación de una comprensión más compleja sobre la cultura política de Boyacá. Concluyo diciendo que he derivado gran satisfacción de mi investigación sobre La Salina, ya que me ha dado el sentido concreto de cómo se desarrollaba la vida cotidiana durante el siglo XIX en Colombia y una apreciación del modo como los eventos dinámicos realmente sucedieron en Boyacá. Discutiendo el aspecto fiscal de las alianzas liberales espero aportar parte de lo que he aprendido a un más extenso diálogo académico.

⁹Foción Soto: Memorias sobre el movimiento de resistencia a la dictadura de Rafael Nuñez, 1884-1885. Bogotá, 1913, tomo I, pp. 151-175.